

El buscador de tesoros

Bruce Swansey

Varados en un aeropuerto debido a los efectos de una tormenta, un hombre en busca de tesoros y una mujer que viaja para encontrar a su hija esperan la oportunidad para abordar su vuelo. Por el azar de las circunstancias, se forma entre ellos una insólita cercanía, que habrá de verse confrontada cuando, ya en el aire, nada ocurre como —se supone— debería.

Nunca había visto nada semejante. El viento proyectaba la lluvia lateralmente o condensándola en cortinas acuáticas la dispersaba en nubes arremolinadas bajo los reflectores del aeropuerto.

—¡Joder! Esto es una tormenta tropical. Fijo”.

Miró el tablero luminoso que anunciaba las salidas. Al lado de su vuelo se leía *delayed*. Cuando fue al mostrador a preguntar la hora estimada de salida, la mujer se introdujo debajo de la peluca un lápiz para rascarse.

—*Honey, it ain't possible to answer that question! Next!*

José María hubiera querido exigir la información a la que tenía derecho, pero se alejó porque detrás suyo había una larga fila de pasajeros impacientes.

Entre el gentío, una mujer lo miró ansiosamente.

—¿Habla español?

José María asintió.

—¿Qué le dijo? ¡Yo es que no entiendo ni palabra!

—Que no sabe cuánto se atrasará mi vuelo.

—Mire. ¿Vamos al mismo sitio?

Al ver que asentía se le iluminó el rostro.

—¡Por lo menos! ¿Le importa?

José María se disculpó. Quería estirar las piernas y prometió encontrarla dentro de una hora o antes si anunciaban el vuelo. Era un aeropuerto anodino pero en una tienda descubrió un objeto que llamó su atención. Era

una brújula preciosa. La sostuvo en sus manos admirándola. Lo malo era el precio, así que la depositó con cuidado sobre el mostrador y abandonó la tienda.

Recorrió el pasillo en el que arrastraban los pies pasajeros detenidos como él a causa de la tormenta pero al cabo de un rato de pensar en la brújula se sentó, hizo cuentas y regresó sobre sus pasos de prisa para no darse tiempo de arrepentirse.

“¡Si algo necesita un explorador es precisamente una brújula!”, pensó, las manos temblorosas al pagar.

Regresó feliz hacia donde dejara a la mujer pero se detuvo asombrado ante una ventana enorme. Las gotas golpeaban la superficie reventando en tentáculos líquidos que el viento deshacía. En la noche convulsa lo único visible era el agua precipitándose sobre más agua. Aunque no hacía frío se estremeció y echó de menos el verano madrileño.

En la ventana de su memoria apareció la mañana radiante invitándolo a partir. Incluso la calle Cervantes le pareció ajena, como si la hubiese abandonado un siglo antes. Se sintió lleno de vigor y pensó en su tío Chema y como él estuvo seguro de “hacer la América”.

Mientras cerraba el portón aspiró el aire todavía fresco. Un curda (así llamaba su tío a los ebrios) avanzó zigzagueante hasta detenerse frente a él, los ojos inyectados.



—¡Me gago en la butguetebarió!

Dicho lo cual se desplomó de bruces. El barrio se había ido llenando de gente así y peor. La que se inyectaba era la peligrosa. Los borrachos de siempre habían pasado a ocupar un sitio incluso honorable.

Caminó a la izquierda rumbo a la Castellana donde debía detenerse el autobús. Una sensación de plenitud lo invadió mientras esperaba. Le pareció ver Madrid por primera vez. Escuchó acentos que antes no había oído. Hablaban castellano pero de otros lugares. Nunca se le había ocurrido preguntarse por qué las personas abandonaban sus lugares de origen. Tampoco se lo había preguntado a la asistenta de su tía Herminia. Ni siquiera sabía su nombre pero sus gestos tenían para él una dignidad “incaica”, aunque la chica era de Barranquilla.

El joven José María —el tío Chema era “el viejo” y su abuelo había sido “el bueno”— imaginó su regreso varios años después a un ático frente al Retiro y se contempló bebiendo una cubata en la terraza.

En ese ático no existía la oficina donde se encargaba de resolver problemas de usuarios de ordenadores, ni los colegas que soñaban con ascender al borde del desempleo y sin pizca de sentido de autocrítica contemplaban el matrimonio y tener críos.

Adiós a la gente amontonada en el Metro. Adiós a la caña de siempre y al milagro anual cuando la costra de San Pantaleón se licua debido al calor africano del verano. Ante el mostrador en Barajas sonrió seguro de que

los días de estrechez estaban por llegar a su término.

“¡Viva la aventura!”, pensó mientras extendía sus documentos.

Ahora estaba de regreso frente a la mujer, tan fatigada que reprimió su deseo de desenvolver la brújula y mostrársela. Buscaron asientos en una sala cercana a la isla de información por si algo intempestivo sucedía y aguardaron en silencio. Así pasaron horas cabeceando, leyendo sin entender, muertos de cansancio porque el viaje duraba ya dos días y para ellos era de madrugada. A su lado había pasajeros que olvidando el pudor roncaban tumbados en el suelo.

—Panorama después de la guerra —acotó María del Carmen, viendo aquellos cuerpos rendidos.

Por fin los llamaron por el micrófono a presentarse en el mostrador.

—¿Cómo? ¿Cómo? Pero, ¿qué dicen?

La fila era larga y desde ella pudo ver que el anuncio luminoso ponía *cancelled*.

—Han cancelado el vuelo.

—¡Madre mía!

En el mostrador alcanzó a entender que debía abordar una camioneta para ir al hotel. Detrás suyo la mujer tenía el aspecto de una refugiada, así que decidió esperarla. Salieron a la tormenta que los cimbró pero esforzándose contra los embates del viento y la lluvia lograron llegar hasta una camioneta atiborrada. Imposible abordarla. Los pasajeros se disputaban cada centímetro.

El empleado le dio la tarjeta para su habitación, pero a ella le informó que su hotel estaba en el extremo opuesto.

—Yo no puedo moverme de aquí. Pasaré la noche aquí mismo.

José María se esforzó por explicar en su pésimo inglés que iban juntos y él había oído las instrucciones para venir a este hotel, pero el empleado los miraba cada vez más impaciente, así que preguntó si había dos camas en su habitación.

—*Ya* —respondió el hombre.

—No me malinterprete pero en mi habitación hay dos camas. Si no le molesta puede pasar la noche allí.

Nunca nadie lo había mirado con tanto agradecimiento.

—María del Carmen Paz de Sevilla. Qué bueno que no Guerra, ¿verdad? —le dijo extendiéndole la mano.

Cayeron extenuados. El hotel desapareció y en su lugar apareció un auto que no le pertenecía. Lo dejó en el taller mecánico y salió a una calle conocida y al mismo tiempo ajena. Debía de ser México. Caminaba los callejones de un pueblo miserable y siniestro. Había alguien a quien no podía ver pero que sentía muy cerca, como si avanzaran hombro con hombro. Las calles estaban desiertas. Cruzaron plazas cubiertas de polvo. Al otro lado vio la sombra de una puerta que se abría y conforme se acercaron miraron los pies de un hombre pendiendo en el aire.

—Buenos días.

—¡Vámonos de aquí! —balbuceó espantado sin reconocer dónde se encontraba.

Apuraron el paso. Al llegar a una encrucijada vieron un cuarto cuyas dos puertas estaban abiertas y detrás varios hombres tocados con grandes sombreros de palma. Estaban sentados bajo una luz lívida. Cuando voltearon hacia ellos tenían rostros bestiales.

—¿Cómo?

Permaneció en silencio contemplando las máscaras monstruosas.

José María se estremeció. Era difícil seguir con el miedo encajado en el cuerpo. Desembocó en un pasillo cubierto con un toldo de plástico rosa y empotrados en la pared a su derecha resaltaron entre el adobe cráneos en colores muy vibrantes. Algo se aproximó lentamente y luego se arrimó muy rápido.

—¿Se asea usted primero o quiere que pase yo?

Era incapaz de despertar. Pero ya entonces su inesperada compañera se dirigía al baño.

—Igual que Fermín, que le lleva tiempo aclararse —murmuró para sí María del Carmen.

La tormenta zarandeó la nave como juguete de hojalata. María del Carmen abrió *Hola!*, que traía un reportaje sobre Salzburgo. Admiró las imágenes de la archiduquesa Ludmila de Habsburgo, la condesa von

Wallendorf y Alejandro Madero sonrientes en el vestíbulo del teatro y en línea de estirpes reales, la descendiente de la Faraona.

La nave hizo un alto. Después aceleró sobre la pista como a través de un túnel acuático y la mujer se aferró al asiento persignándose. Pronto Atlanta quedó oculta bajo las nubes que se arremolinaban haciendo difícil el ascenso. De tumbo en tumbo intercambiaban miradas aferrándose al silencio.

José María se distrajo mirando un reportaje gráfico sobre Cancún. Recordó que la tía Herminia hablaba de unas ruinas extrañas en las que los aborígenes ofrecían sacrificios humanos. ¿O allí el rito consistía en arrojar vírgenes dentro de unas cuevas acuáticas?

—En el Yucatán idólatras eran.

“Fabuloso el Yucatán”, pensó admirando la arena blanca y el mar color esmeralda.

—Dicen que es precioso.

La tía Herminia no se había cansado de advertirle lo equivocado que estaba.

—Josemari, cariño, que tu tío era mentirosillo, ¿eh? Bueno, era un... ¿cómo se dice? Esos que se creen sus propias mentiras. ¿Cómo se dice? ¡Madre mía! ¡Ah! ¡Ya está! Era un... ¡mitólogo!



—Será mitómano, tía.

—¡Pues eso mismo! Mira, bonito, todas esas historias sobre los tesoros fabulosos sólo se las creyó él mismo.

Luego se santiguó.

—Y el que lo mató para robarle el dichoso mapa. ¡Que se pudra en el mismísimo infierno! ¡Y todo por dibujos que no valen un duro! En mala hora nos mandó la copia que conservé como recuerdo y que ahora llevas contigo. ¡Hace falta estar chalao!

No quiso preguntarle por qué, si estaba convencida de que el tío Chema era un mitómano, le había llenado la cabeza con las historias de sus viajes.

—¡En mala hora le contaron esas historias de la revolución y los entierros! ¡El ramalazo que también te toca!

—¿De vacaciones?

María del Carmen le ofreció chicles.

—Para los oídos.

¿De vacaciones él? Estuvo por revelarle que iba a buscar un tesoro, no a perder tiempo y dinero. Se llevó la mano al costado donde llevaba el mapa esmeradamente conservado. Podía describirlo de memoria. Estaba por hablar de su destino que por fin se realizaba pero María del Carmen siguió adelante.

—Yo voy a encontrarme con mi hija y su novio. Mire, esta es ella. ¡Qué maja que es! ¿A que sí?

La señora le mostró la fotografía.

—Y muy inteligente. No sé a quién salió. Porque ni Fermín ni yo, ¿eh? Maricruz. Es bioquímica —dijo la orgullosa madre, mirándolo como quien compadece a alguien que se ha perdido lo mejor de su vida.

—Yo es que soy muy nerviosa —añadió —, y por eso viajo poco y siempre cerca de Madrid en autobús o cuando he ido lejos, en tren. A Lourdes fui. Y con el club también fuimos a Roma. Así que esto de volar me impone un montón. ¿Y usted?

—¡Qué va! A mí me da igual. Total: un avión es un avión.

—Pues es verdad —le contestó, pero por los tumbos de la nave el comentario no sirvió para tranquilizarla. En ese momento ocurrió un descenso abrupto y María del Carmen soltó un quejido que a José María le recordó el de su perro cuando lo atropellaron.

—¡Uyy que se me ha subido el estómago a la cabeza! ¡Uyy que me voy a poner mala yo!

Así pasaron el tiempo tranquilizándose mutuamente porque no hay nada mejor para recuperar el aplomo perdido que compartir el miedo. ¿Qué hubiera hecho María del Carmen si no la hubiese ayudado? Probablemente todavía estaría en Atlanta.

El mal tiempo hizo imposible el desayuno pero aunque tenían poco apetito no faltó el almuerzo.

—*Chicken or fish?*

—¿Pero qué dice?

José María le explicó y ambos optaron por el pescado que en ese momento se transformó en pez volador porque el avión remontó la masa de aire y la azafata se deslizó varias filas mientras su colega quedó encaramada sobre el carrito.

Al otro extremo de la fila una rubia opulenta padecía un ataque de nervios. Aunque su vecino se esforzaba por tranquilizarla, ella luchaba por incorporarse aun-



que el cinturón la devolvía contra el respaldo con fuerza proporcional a su impulso.

Su vecino de la derecha la miraba con impaciencia creciente.

—¡Lo único que nos faltaba! ¡A vé si te calmas jodé!

Pero la prójima no se calmaba. Con el traqueteo y los altibajos había alcanzado el paroxismo taladrándoles los oídos hasta que el hombre cogió vuelo y le dio un bofetón. La mujer abrió y cerró la boca como pez fuera del agua y deshecha en sollozos se estremeció en silencio.

Asomado a la ventanilla, José María distinguió descargas eléctricas entre las nubes. Sus fulgores tornasolados revelaban un mundo revuelto. El avión clavó la punta y la presión en cabina se hizo insoportable. Todos gritaron como si fuesen uno pero la rubia más que ninguno.

—¡Pero qué bestia es! —María del Carmen increpó al hombre que le había arreado a la rubia otro bofetón.

—¿A usted qué le importa? ¡Pa' eso es mi mujé! ¡La próxima te asfiso! ¿Eh? ¡Te asfiso yo! —y para confirmar lo que decía hizo señas con las manos como quien exprime un trapo.

El vuelo se hizo más difícil porque en lugar de esquivar la tormenta avanzaban hacia su centro. A la derecha de José María una turbina despedía chispas y después de un momento le pareció que el ronroneo se adormecía pero luego volvió a comenzar.

Entonces se oyó la voz distorsionada del capitán.

—Señores pasajeros les habla el capitán Bob. ¿Qué tal el viento, eh? No se me preocupen que... pronto llegaremos a nuestro destino... ¡Guau!

—Yo no voy de vacaciones —dijo José María—. Busco un tesoro. Sí, ya sé. Cree que estoy loco, ¿verdad? Lo mismo pensaron de mi tío Chema todos menos yo. Aunque la entiendo. Quizás es el mismo error cometido por muchos más antes que él. Peor, porque “América” ahora es una realidad muy distinta. ¿Sabe cuándo zarpó el tío Chema a Cuba? Pues la tía Herminia era una niña y ahora debe tener cerca de los noventa, así que debió haber sido hacia los años treinta, antes de la guerra. Allí teníamos parientes que luego emigraron con la revolución de Castro, pero eso es otra historia. El caso es que Chema encontró trabajo con una familia fantásticamente rica que lo perdió todo en la revolución. Eran tan acaudalados que traían de Estados Unidos artistas muy famosas para sus fiestas como Bessie Smith, una negra buenísima. ¿La ha escuchado? Primero cantaban para los trabajadores y luego para los señores. Allí fue donde el tío Chema conoció a Ramón, un gallego que según la tía Herminia estaba de atar.

El avión traqueteó a punto de desintegrarse. Los compartimientos superiores se vaciaron. María del Carmen gritó pero sintiendo la presión de José María en su antebrazo guardó silencio.

—El tío Chema estuvo en La Habana suficiente tiempo para juntar dinero y hacerse con un buen equipo de minero.

José María sacó la brújula de uno de los bolsillos de su cazadora y se la mostró. María del Carmen le apretó el brazo.

—Es preciosa —le dijo conteniendo las lágrimas. La embargó la pena al pensar en Maricruz. ¿Aparecería una fotografía suya? Por un momento imaginó la foto en la prensa y abajo su nombre. Por eso sacó del bolso la polvera que se le escapó de las manos en el siguiente descenso.

—Luego se embarcó con el gallego y juntos emprendieron el viaje a Ciudad de México para comprar los derechos de una mina y de allí siguieron al norte. Lo de la mina era un pretexto para poder andar por esos rumbos escarbando. Es que, ¿sabe?, durante la revolución muchos escondieron tesoros fabulosos, oro y joyas, pensando que cuando todo pasara regresarían a por las cosas. Muchos murieron sin que los sobrevivientes supieran el lugar donde se encontraban tamañas riquezas. Pero algunos trazaron mapas.

Lo imaginó de pequeño soñando con esos tesoros y planeando con sus amigos la manera de viajar hasta aquel lugar remoto y lleno de peligros como otros imaginan abordar un buque pirata. Pensó en Maricruz y en los juegos con los que se entretenía, que para su desilusión maternal jamás involucraron muñecas. Marisol y Juanita en realidad eran para ella.

—En eso estuvieron años sin encontrar lo que buscaban. Hacían hallazgos pequeños, piezas sueltas, pero los “entierros” eran fosos que albergaban huesos y alimañas entre el polvo.

Cuando lograban conciliar el sueño volvían en sí aterrorizados.

El avión ascendió violentamente traspasando la barrera de nubes y desplomándose de nuevo distinguieron la mancha urbana. María del Carmen guardó silencio evocando esa geografía solar mientras ahora descendían con una turbina envuelta en llamas. Muy pronto la nave se dirigió contra los edificios alrededor del aeropuerto.

—Un día la familia recibió un sobre del tío Chema en el que sólo había un mapa. Mírelo. Es este. Siempre supe que partiría a buscar el tesoro. Toda la vida he soñado con este viaje. Y la verdad me alegra hacerlo.

María del Carmen apretó con su mano la de José María. Sintió una enorme serenidad al verlo tan cerca, en una comunión perfecta.

—Y a mí haberlo hecho contigo.

El avión siguió su curso ingobernable. Todos subieron instintivamente las piernas y se agacharon. María del Carmen permaneció pendiente de cada palabra, ajena a la catástrofe. Aferrado a la brújula José María siguió contándole unos segundos más la historia del tío Chema que, como él, fuera buscador de tesoros. **U**